

LUCIANO LUTEREAU



AMAR



TEMER



PARTIR

**UNA GUÍA PARA LAS
RELACIONES AFECTIVAS
ACTUALES**

PAIDÓS

Amar, temer, partir

Una guía para las relaciones
afectivas actuales

Luciano Lutereau

Introducción

¿CÓMO ESCUCHA UN PSICOANALISTA?

De un tiempo a esta parte me preocupa el modo en que, cada tanto, se vuelve viral un material audiovisual (pero también una imagen sola, o una frase sacada de contexto) y, ya está, a partir de ahí, todas y todos opinamos en función de “lo que se ve”. Ahora bien, ¿qué clase de persona es la que cree que ve? ¿Qué clase de relación con la realidad tiene quien puede desprender conclusiones de los “hechos” que percibe? ¿No es hora de poner en cuestión los riesgos a que nos expone la percepción?

Hay un modo básico de pensar la relación con la realidad: los hechos ocurren y solo se trata de percibirlos. Así es que hay quien dice “Los hechos son los hechos”, pero ¿es lo mismo que esta frase la diga Aristóteles o la utilice Stalin? En este punto, el recurso a los hechos puede revelar no solo intenciones diferentes, sino que esos mismos hechos se pueden modificar en función de quien hable.

Los psicoanalistas pasamos una buena parte del día escuchando hechos; pero ¿qué escuchamos en el relato de los hechos? A quien habla, sobre todo para situar la relación íntima que tiene con la evidencia: ¿necesita los hechos para justificar alguna acción? O, tal vez, ¿los requiere para que se reconozca un dolor que, aún, no se puede nombrar de otro modo? Esto no quiere decir desconocer la realidad de los hechos, porque incluso es un tipo de relación con la evidencia la expectativa de que esos hechos sean indubitables. Esto es lo que, por lo gene-

ral, llamamos “verdad”. Hablar para decir la verdad también es un tipo de enunciación y un modo de hablar. En efecto, los “discursos de la verdad” organizan una parte importante de nuestros discursos cotidianos y, por cierto, con este tipo de pretensión es que hicieron de la realidad algo bastante aplastante y cada vez más delirante.

En cualquier lugar, siempre hay alguien dispuesto a hablar para decir cómo son las cosas, o cómo deberían ser. El pensamiento devenido consigna, eslogan, tuit que baja línea, es el pan de cada día en nuestra sociedad. Y en este concierto de verdades que se vociferan, se pierde la dimensión de la palabra, la pregunta por quién habla, por cuál es su posición respecto de lo que dice; hoy en día se habla y se habla, se repiten frases más o menos ingeniosas, pero nadie escucha. Cada quien se pronuncia con verdad y espera adhesiones, que se nos crea por el solo hecho de hablar, mucho más si esa verdad se comunica con indignación; pero a nadie se le ocurre pensar que la verdad se puede decir para seducir, para lastimar o, incluso, para mentir.

Si escuchar es el primer paso del pensamiento, para restituir el carácter de diálogo de la palabra –para no olvidar que hasta la verdad supone a alguien que la dice–, pienso que el psicoanálisis es una práctica en la que no se puede afirmar livianamente que “los hechos son los hechos”. A veces se dice que el psicoanálisis busca responsabilizar “de más” a las personas, para que se “hagan cargo” de los hechos; pero no creo que esto sea así, porque esta actitud sería equivalente a decir: “Estos son tus hechos”, otra versión de los hechos son los hechos. Más bien creo que el psicoanálisis interroga los hechos, no para ponerlos en cuestión, sino para buscar a quien habla.

Por ejemplo, hace unas semanas un amigo tuvo una entrevista laboral. Estaba algo decepcionado, porque le dijeron que esperaba cobrar mucho y no estaba tan capacitado. Cuando me lo contó, con tristeza, se me ocurrió decirle que de la misma manera podría decirse que los empleadores habían dicho

que querían pagar menos por un especialista, es decir, que su propuesta decía algo sobre ellos y no solo sobre él. En este punto, él me comentó que no lo había pensado. Por cierto, si lo estábamos hablando era porque era el principio de empezar a pensarlo. Entonces, mi amigo me contó algo que otras veces ya habíamos charlado: que la decepción es un modo en que él reconoce los hechos, que es cuando se siente triste que logra tomar ciertas decisiones –no siempre las mejores–.

Mi amigo no es la única persona que conozco que necesita sentirse desechable para, luego, tomar algún tipo de decisión. Mi amigo se enoja, pero una mujer que conocí hace unos años, me contó otra situación. Ella hablaba de su pareja, de que le molesta que él lleve el teléfono al baño, porque no puede dejar de pensar que la estaba “cagando”. En este punto, independientemente de lo que él haga con el teléfono, lo cierto es que los celos de esta mujer eran una buena manera de no saber que él “cagaba” –aunque lo supiese de manera consciente, pero eso no vale nada–. La pregunta en este punto es por qué ella responde con un síntoma –que el otro la desprecia– cuando siente que su pareja está en otra, ¿no es ir al baño uno de esos actos solitarios en los que la relación con otro necesita un compás de espera?

En este punto, me importa decir que las dos referencias anteriores no valen porque hablen de tal o cual cosa, justamente no dicen nada sobre hechos, ni sobre las personas que los narraron; más bien atraviesan los relatos para ubicar cómo la palabra, cuando se presta al diálogo, desagrega lo sucedido para establecer el modo en que una vida no se cuenta a partir de detalles íntimos.

Podemos hacer de nuestros días una reflexión permanente acerca de “hechos”, a los que podemos calificar de “objetivos”, también como “íntimos” y, por ejemplo, darles el valor de explicación de quiénes somos y qué vivimos. Sin embargo, si nuestra identidad es algo más que un conjunto de presunciones acerca de quiénes creemos que somos, es porque –de vez en cuando,

el psicoanálisis es una de esas oportunidades— podemos dar un paso más allá de los hechos y recuperar una voz que, como en la canción de Joaquín Sabina, es capaz de decir: “Esta boca es mía”.

Lo contrario de la opinión sobre hechos —rasgo más que difundido en nuestra época de conformismo generalizado— no es la verdad, cuando esta entra en el mismo juego de justificación impersonal, sino tener una voz capaz de hablar en nombre propio. Esto no es posible sin cierto escepticismo respecto de las evidencias y a contramano de cuidar el lugar de la palabra que, cuando se hace presente, es diálogo y no tanto debate; al menos no de esos falsos debates agrietados que, en las redes sociales, no sirven para decir nada y se regodean en la afirmación narcisista, en la construcción de un perfil antes que en una enunciación.

Este es un libro en que diferentes personas hablan en nombre propio. Es un libro en que la voz y la palabra importan. Escuchemos nuestra primera consulta.

¿QUIÉN NECESITA ENAMORARSE?

Nos escribe Patricio (35 años): *Hola, Luciano, te escribo porque te quiero preguntar cómo se hace para saber si estamos enamorados y cómo se distingue este sentimiento del amor. A mí me pasa que muchas veces tengo citas y al principio me re copo, pero después como que la cosa decae y pierdo el interés, entonces me pregunto si tengo un problema o si pasa que me enamoro y después no puedo pasar al amor, algo así, gracias por lo que me puedas decir.*

Querido Patricio, qué sincero tu mensaje y qué directo va a una cuestión que es de sumo interés para muchas personas. El tema es, entonces, el comienzo de una relación.

En primer lugar, lo que quisiera decirte es que tenemos que distinguir entre el acto de enamorarse y otras pasiones seme-

jantes, pero diferentes, como la fascinación y la idealización. Hoy es muy común que para varias personas, en el inicio de una cita, se trate de buscar fascinarse con el otro, como si fuera una especie de objeto perfecto, al estilo de un talismán, que nos podría hacer tener una imagen fantástica de nosotros mismos, por su sola cercanía; pero claro, nada de esto tiene que ver con conocer a una persona real, a partir de sus rasgos propios.

Por otro lado, es cierto que en el enamoramiento hay cierta idealización, es decir, una exaltación del otro, pero esto es un efecto; algo muy distinto es que idealizar al otro sea necesario para que nos interese. Aquí no hay enamoramiento, sino buscar en el otro una forma de continuidad de nuestra vida, como si quisiéramos vivir a partir de lo que el otro hace, proyectándonos en sus actos.

Tanto la fascinación como la idealización son problemáticas, porque producen un tipo de vínculo dependiente, que ata a la presencia del otro. Mientras que enamorarse es estar dispuesto a vivir también con la ausencia del otro. Quién está enamorado, piensa qué estará haciendo el otro cuando está en otra parte, pero no con ansiedad, sino porque puede extrañar. Pienso en cuántas personas hoy no pueden extrañar, ya sea porque viven la ausencia del otro como un desvalimiento, o bien porque no pueden tolerar esa pasión por la ausencia. Es como si necesitaran “matar” (psíquicamente) al otro cuando no está, para no sentirse vulnerables.

Una canción de Daniel Melero –que suelo recordar– dice: “Enamorarse es fácil, más complejo es vivir en amor”. Sin embargo, por lo anterior puede verse que no es tan sencillo. Enamorarse es estar dispuesto a conectar con la propia fragilidad, sobre todo si entendemos que esta experiencia implica recibir del otro una mirada inédita, algo que no sabíamos de nosotros mismos. Se me ocurre que hay otra canción que ilustra esto de la manera más perfecta. La de Jorge Drexler que dice: “Hay algo de mí/ que no pude ver/ hasta que no me lo

mostró/ algo de ti que quiero creer/ que no vio nadie/ antes que yo”. Esta canción se llama “Antes” y expone bien cómo en el enamoramiento se trata siempre de un antes y un después. Quizás por eso da tanto miedo.

Aquí podría surgir la pregunta: ¿puede surgir el amor entre dos personas, sin pasar por el enamoramiento? Desde ya, por supuesto que sí. En efecto, el enamoramiento es un acto psíquico que suele ser más común en la adolescencia y en el modo juvenil del amor, sin importar la edad; pero también es perfectamente posible que dos personas desarrollen una relación amorosa sin haberse enamorado previamente, o que se enamoren con el tiempo.

Lo que sí es claro es que cuando dos personas se enamoran, surge la sensación de un encuentro. El tiempo cambia, se vive en otra dimensión, se tiene la impresión de que ocurrió algo maravilloso, sobre todo porque es algo que podría no haber sido. Por eso el enamorado a veces sufre, sí, pero si es tal, también siente una enorme gratitud y esto nos lleva a otra pregunta asociada al tema: la correspondencia.

Un amor correspondido no es aquel en que el otro siente lo mismo que nosotros –porque es imposible– porque, además, en el enamoramiento solemos sentir que nosotros amamos más que el otro. Entonces, cuando se trata de la correspondencia, la cuestión es situar más bien que en el enamoramiento hay un tipo de atención constante a los signos del amor del otro. ¿Qué hacemos con una atención que, si pasa de cierto límite, se puede volver una señal de inseguridad?

Primero, el enamoramiento no es para confirmarlo. El pensamiento confirmatorio suele llevar a decepciones, porque nunca el signo que esperamos es tan explícito como quisiéramos; es decir, sin darnos cuenta podemos estar poniendo a prueba al otro y eso, tarde o temprano, se empieza a notar y produce efectos... no tan buenos. Segundo, si un gesto o situación produce la ilusión de que el otro también siente lo mismo, la

cuestión es entender que será transitoria. Hay otra canción, un clásico del jazz, cuyo título lo dice a la perfección: “No puedo creer que estés enamorada de mí”.

El enamoramiento no se puede creer. No es para creerlo. Ni para creérsela. Eso es lo que tiene de maravilloso. Es un juego al que nos prestamos y quizás sea el inicio de la manera en que conocemos a alguien.

Enamorarse es un modo de conocer a otro y también de conocernos a nosotros en esa situación tan artificial: la de repentinamente maravillarnos por la aparición de varias coincidencias (desde signos convergentes hasta lugares de infancia, pasando por gustos como el cine o libros) o diferencias que nos resultan desafiantes y entusiasman. Es un modo de conocer a través de cierto engaño, porque muchas de estas coincidencias, o las diferencias, se basan en proyecciones personales. Aquí es donde mejor cabe recordar la idea de que el amor es ciego. Vale mejor para el enamoramiento.

Ahora bien, si enamorarse es una manera de conocer a otro, pero supone también cierta ilusión (de encuentro inédito), que no implica dejarse llevar por la expectativa de que el otro sienta lo mismo, ¿cómo podemos avanzar en ese conocimiento, para que sea más profundo, es decir, para que implique una entrega alegre?

En los últimos años, noto que las personas tienen mucho temor a enamorarse, que si no se fascinan e idealizan, permanecen en una actitud defensiva y temerosa, como si quisieran garantías de antemano, seguridades, anticipaciones de qué siente el otro. Creo que esto puede deberse a que todos arrastramos muchas decepciones y sufrimiento, pero también es un trabajo personal no resentirse y no pedirle a quien no conocemos que se haga cargo de nuestro pasado. Si estamos ahí es porque tenemos la responsabilidad de conocer al otro y ser honestos.

Pero ¿qué significa ser honesto? Podemos creer que es decirle de manera directa a alguien quiénes somos, en una especie

de “sincericidio” –como se dice hoy–, para que decida si nos acepta. Sin embargo, este ir de frente solo busca el rechazo y tiene dos problemas: supone que nosotros sabríamos quiénes somos y más bien proyecta ansiedad en la expectativa. Mientras que conocer a alguien, empezar a salir con otro, no es contarle quiénes somos –porque solo podríamos darle información (narrar “hechos”)– sino darnos a conocer y esto quiere decir: recibir del otro una imagen de nosotros que quizás no conocíamos.

Esto último, querido Patricio, es lo que nos angustia en serio y por eso a veces buscamos ansiosamente el rechazo, o también puede ser la causa de que decaiga nuestro interés después de las primeras citas. Este puede ser un tipo de miedo a enamorarse, no es que el enamoramiento se fue. Es que nunca estuvo y tal vez lo que hubo previamente fue una experiencia de fascinación o idealización.

Para enamorarse, es preciso darse tiempo. No es una pasión tan espontánea ni tan fugaz como se cree. Enamorarse no es algo que pasa o no pasa, sin que tengamos algún tipo de implicación personal. Es cierto que no podemos elegir enamorarnos, menos de quién, pero sí estar abiertos a la disposición de que algo así nos pase. Y aun así nada estará asegurado y quizás tengamos que partir.

Amar, temer, partir. La consulta de Fernando nos introduce en las complejidades del amor, en los temores inevitables y en la falta de garantías que todo vínculo supone. Estos son los temas de las tres secciones de este libro.